

El zarzal

Despertaba entre mí una cálida voz de cuerpo frío, cabellos enredados, abandonados. Aquella mañana de la luz de oro dejó en el olvido el rastro de las voces nocturnas. Mi soledad parecía abandonarme aquel día. Sorprendida pues, escuchaba desde mis profundidades los últimos hilos de voz de la que parecía haber sido una tragedia más en la noche. Mi cielo seguía intacto, blanco y azul, pero ahora la tierra desprendida me rodeaba y yo ya no era marrón. Daría cobijo al abandono, un cuerpo frío que nadie buscó. Ya no salían hilos cálidos, y cuando mi interior se calló, las cabezas de los demás niños se empezaron a asomar. Me miraban y, con las manos en el pecho, se santiguaban. –Pobre niña, enterrada en el zarzal–. Indiferentes, volteaban sus cuerpos y murmulaban. Ni el sonido de las lágrimas alcanzó la soledad eterna que ahora había dentro de mí, un cuerpo que lejos de la nostalgia ajena, sería hospedado en la oscura y húmeda tierra de la paz.